

René Correa nos va dando el cuadro y la emoción guardados en su memoria. Veamos la «Casa de los abuelos»:

«Como una buena mujer, vestida de roja pollera, la tinaja nos saluda en la puerta.

—Buenos días, señora.

Y de su corazón le florecen los cardenales».

El abuelo nos lo presenta de la siguiente manera:

«El abuelo tenía bigotes amarillos, barba cenicienta y fumaba cigarrillos de hoja. Su paso era tan arrastrado como el humo en los rastros...»

En varias páginas encontramos cuentecillos como éste:

«Había una vez un caracol que estaba enamorado de una mariposa. Era en la tarde, mientras el jardín estaba lleno de aroma y el agua mojaba la yerba.

«El caracol hacía su lento camino y se acercaba a la mariposa de alas crepusculares. Tenía deseos de besarla y una insólita ternura lo impulsaba en su delicioso amor.

«Pero la mariposa no lo quería, porque tenía miedo de su presencia gris».

El cuento continúa unas cuantas líneas más. Con lo que hemos citado basta, y será suficiente para presentar a Carlos René Correa, con su estilo liviano, con sus elementos mínimos.

El poeta ha seguido el camino de la prosa, pero siempre dentro de un cauce de poesía. Señalamos su libro «Significación de las Cosas», como una obra sencillamente agradable, por las tenues sugerencias que nos despierta, y porque ha sido escrito sin pretensiones.—F. S.

<https://doi.org/10.29393/At185-16SEJN10016>

LA SANGRE Y SUS ESTATUAS, por *Andrés Sabella*.—Imprenta Sur, Santiago.

Al leer este libro de poemas de Andrés Sabella, he recordado la respuesta que dió Jules Romains, no hace mucho, a

una pregunta que se le hizo sobre poesía: «La poesía no es un gran arte sino a partir del momento en que puede hablar de todo, en que no teme ensuciarse las manos con su época».

Pese a los «asépticos», lo anterior contiene una gran verdad, y los mejores escritores contemporáneos se empeñan en expresar su época sin tapujos ni eufemismos. Es un nuevo realismo que se diferencia del realismo fineseccular por su reiterado empeño de denuncia y por su afán de aportar elementos que contribuyan a la gestación del mundo que surgirá a las ruinas del capitalismo. Es decir, el escritor, el poeta, ya no le teme a la política.

A Andrés Sabella no le asusta confesar que canta desde un partido y para un partido. Y, desde luego, nos informamos que esto constituye para él una verdadera mística:

«En vez del Cristo que en postura de daga acuchilló mi infancia, yo colgué en mi cabecera a Carlos Marx...»

Y en su poema «Conversación»:

«Poned una estrella en mi mesa. Aprisa, mujer, aprisa: pronunciaré algunos nombres.

«No. No importa. Lo olvidaba: ellos refulgen solos. Una estrella y esos nombres incendiarían la casa.

«La voz se me abre como un mediodía: Thaelman, Rakosi, Ghioldi, Prestes. Las sílabas alcanzan la dimensión del verano y el aire se pone de perfil para penetrar en el corazón de los héroes. ¡Qué poderosa atmósfera de plata en sus vocales!»

Y todo el libro respira esta misma atmósfera, tensa de convencimiento, dolorosa en la esperanza de un mundo mejor.

Sabella, como decía al principio, no rehuye ningún tema, por áspero que éste parezca para la poesía. Leamos «Pies de explotados»:

«Yo los he visto—muchas veces—vencidos
lo mismo que quebrados animales,
lo mismo que pedazos de un planeta monstruoso,
lo mismo que corazones reclusos bajo una costra de mugre».

O acompañémosle en su poema «Contra», hasta el suburbio:

«El barro parece una conspiración de blasfemias;
aquí es de barro la diadema de la tristeza de las niñas
y ellas conducen en su sangre pequeñas flores de barro».

La miseria lo exaspera y la muerte de un obrero que grita
contra la miseria lo enrola, de golpe, en las filas de la revolución:

«En una plaza pública te conocí.
Un obrero hablaba del pan y la justicia.

«Algunos balazos espantaron el aire.
Yo ví caer un hombre de trajes deshechos y mirada pura.
¡Yo ví caer un hombre que decía la verdad!
Su sangre ennobleció el crepúsculo.

«Unté mis manos en ella
y en su borde juré este amor que ahora se define».

Y la sangre del obrero anónimo induce a Sabella a rescatar del olvido los nombres de algunos de los mártires de la lucha proletaria. Veamos ese fuerte poema «La matanza de Coaña», del que, por falta de espacio, sólo citaré una parte.

«Carlos Garrido frente al cielo,
durmiendo en la punta de las lanzas implacables,
como una tremenda bandera sin ocaso..

«Juan Céspedes con su cabeza limpia en una almohada de
[piedra,
recibiendo los culatazos como una pesadilla.

«A los dieciséis años, José Garrido,
golpeando con la palabra Libertad las puertas de la muerte.

«Juan Antonio Martínez,
pendiendo lo mismo que el badajo de una campana macabra,
moviéndose a influjo de las lanzas.

«Barahona con una bayoneta en las entrañas,
a la manera de un pájaro de horrores,
desangrándose en un poste telefónico,

«¡Y Dinamarca disputándole al sol sus mediodías!»

Y a estos nombres se unen otros: Domingo Gómez Rojas, Manuel Anabalón Aedo, Manuel Fuentes, etc. Perdidos en los años, limpios ya de toda inútil anécdota, resucitan como una nueva mitología frente a las juventudes obreras del presente.

Una atenta y fervorosa lectura merece este libro, «La sangre y sus estatuas», de Andrés Sabella. Algunos de sus poemas, como «Infraestructura», «Chile entre los años», «Los olvidados», son de lo mejor que se ha escrito en nuestro país dentro de la poesía revolucionaria. Ellos deberían insertarse sin demora en todas esas selecciones anémicas que se suelen hacer sobre «la joven poesía chilena».—JUAN NEGRO.



VIENTO VERDE, cuentos de *Hernán del Solar*.—Editorial Ercilla

Después de acabada la lectura—¡tan breve! de *Viento Verde*, nuestra imaginación por un efecto, que podríamos llamar